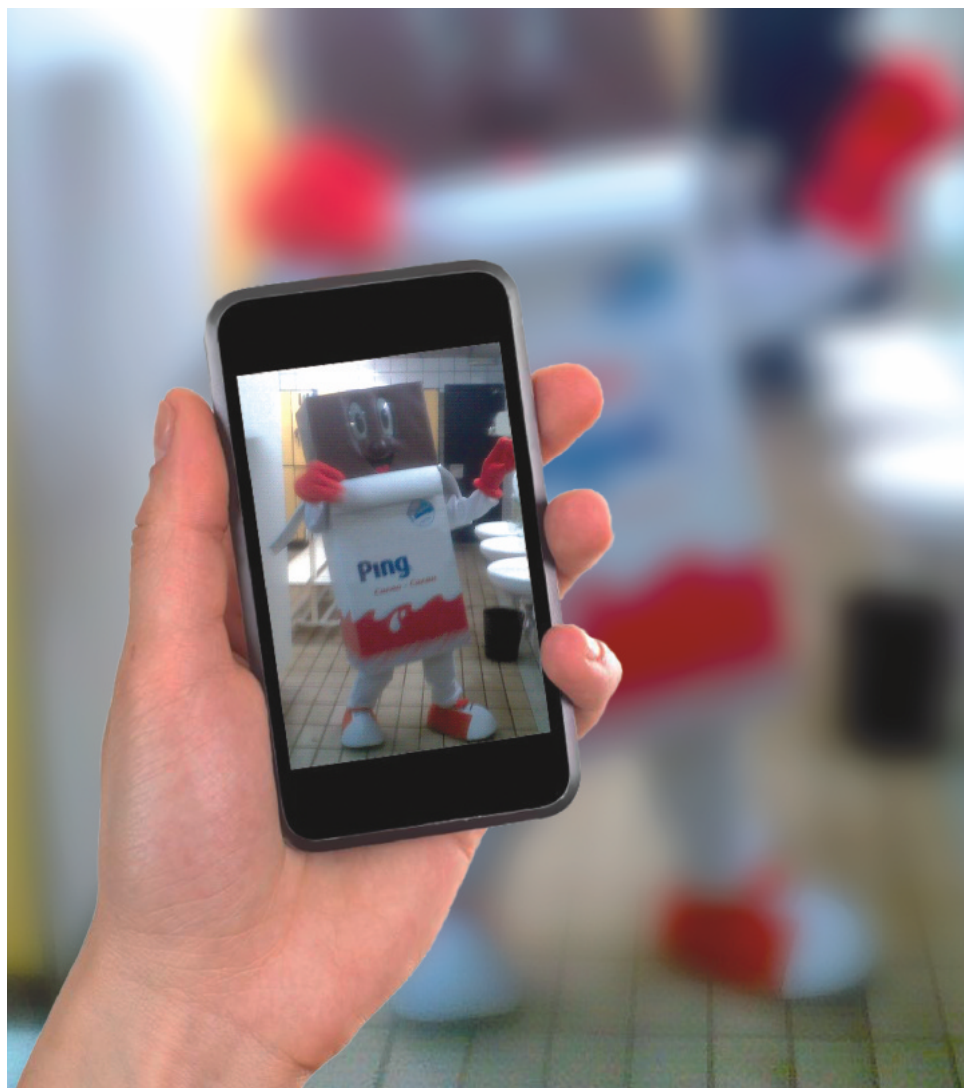




TODOS SOMOS **MANCINI**

Mi vida como una chocolatina

Javier López Menacho nos cuenta cómo se vive en “en el gran teatro de la asfixia”; es decir, las semanas que pasó trabajando disfrazado de chocolatina gigante, experiencia que él mismo ha volcado en las páginas de “Yo, precario” (Libros del Lince).

texto JAVIER LÓPEZ MENACHO

Hace algunos años leí *Asfixia*, de Chuck Palahniuk, una novela en la cual su protagonista era un estudiante de medicina fracasado, que asistía a una terapia para adictos al sexo, trabajaba haciendo de campesino en un parque temático dedicado a la América colonial del siglo XVIII y cuya madre estaba ingresada en una residencia geriátrica. Me parecía tremendamente recurrente que un escritor reparara en un *outsider* así y cediera el protagonismo a un personaje que intentaba ganarse la vida como extra de una gran ficción, en un trabajo tan mal remunerado que acababa obligándole a buscar alternativas para llegar a fin de mes. Ahí era justo donde entraba a colación la asfixia del título, pues Victor Mancini, el protagonista en cuestión, decidía fingir atragantarse en lugares públicos con la idea de recibir compensaciones económicas a cambio.

A mí la asfixia no me afecta en el sentido literal, solo en el apartado económico, que atañe a su vez al humilde asunto de sobrevivir. Me asfixia el dinero, con sus tentáculos y su nula misericordia, porque no tengo cómo ganármelo. Es un virus con el que tienes que aprender a vivir. Si lo controlas, no sucede nada y puedes seguir viviendo. Si pierdes el control, te termina matando. Cuando creo dominarlo, es porque he recurrido a trabajos mal pagados y socialmente peor considerados, contribuyendo así a mi valoración a la baja y a mi propia mediocridad. Mal que nos pese, muchos trabajos restan hoy más de lo que aportan, nos sumen en una espiral negativa que parece no tener fin.

Se cumple un año desde que estuve trabajando como mascota para una conocida marca de chocolatinas. El trabajo lo desarrollé entre marzo y abril, y lo cobré hace poco tiempo, tras pelearme con la empresa a la que presté mis servicios. Ni me pagaban, ni me comunicaban los porqués de la demora y ni tan siquiera me atendían el teléfono. Tuve que amenazar por

“La inutilidad de los gobiernos nos ha dejado a la deriva.”

correo electrónico con informar a sus clientes al respecto para recibir respuesta y terminar percibiendo mi salario. En el mundo de las empresas, no hay nada como atacar la imagen. Lo que la gente ve es lo único que existe. Al trabajo accedí con el máximo de edad permitido para realizarlo, 29 años. De tener 30, como ahora, ni tan siquiera hubiera podido trabajar. Mi oficio consistía en repartir chocolatinas especiales para consumir en frío a los clientes que pasaban por los centros comerciales. Fundamentalmente, a niños y a sus padres. A evitar, parejas de jubilados, adolescentes y extranjeros.

Miserias generacionales

El cuerpo de la chocolatina era un inmenso armatoste desde el que se podía ver el exterior con ciertas dificultades y cuyo peso terminaba por agotarte los hombros, los huesos, el cuerpo entero y, finalmente, el ánimo. Para colmo, los responsables no sabían muy bien cuánto tiempo podía permanecer una persona en su interior, sin ventilación y con un arnés que sujetaba el peso contra la espalda. Fuimos cobayas a las que se les consideraba la opinión a un paso de decir “basta”. Solo el carácter humano del trabajo, esa complicidad imposible que se establece entre un niño que mira el rostro acartonado de una falsa chocolatina y uno mismo, agazapado en la penumbra de los sueños, me salvaban de la quema psicológica. Puede parecer una ñoñería, pero era sencillamente así: el mundo de los niños reparaba el mundo adulto.

De eso me di cuenta a la hora de idear este proyecto literario, al que titulé *Yo, precario*. Si conseguía trasladar a mis trabajos precarios una mirada parecida a la de

aquellos niños, tratándola con la ingenuidad propia de quien cree en lo idílico, si denunciaba la triste realidad que estaba viviendo como mero observador, sin rencores ni un discurso politizado, logrando una voz vivencial, sincera y espontánea, tendría por fin un gran instrumento crítico.

Por aquel entonces estaba yendo de oyente (como hacen los precarios) a un curso de periodismo narrativo que impartían en la misma ciudad donde trabajaba, Barcelona. El eco de autores como Hunter S. Thompson, Rodrigo Fresán o Jordi Carrión resonaba en mi conciencia literaria y sus crónicas influyeron en el resultado final. Mi sana costumbre de leer novela contribuyó a la hora de establecer algunos rigores estéticos. Escribiría un libro de crónicas que se pudiera leer como una novela, donde primaría su carácter narrativo y con una voz personal a la que pudiera adherirse cualquier precario, porque los Mancini de hoy no son ficción ni *outsiders* ni un cúmulo de catastróficas desdichas; los Mancini de ahora son como yo, personas normales con una vida dificultosa, deseosas de que su voz sea considerada, de abandonar por fin esta realidad absurda, de escapar de una vez del gran teatro de la asfixia.

Para el que lo lea desde una posición estable podrá parecer exagerado, pero esta es la nefasta realidad de muchos miembros de mi generación (la denominada Generación

Naranjito), ahora ni tan siquiera jóvenes, que estamos titulados o supratitulados y no podemos trabajar. A muchos amigos coetáneos los veo rebajando sus méritos en el currículo para conseguir un puesto de trabajo por debajo de sus aspiraciones; otros están azotados por el drama del paro, aletargados como zombis a los que les han robado el alma, y a los de mayor suerte ni siquiera los veo, pues se han visto obligados a partir hacia lugares remotos en los que jamás hubieran imaginado vivir. No lo hacen por convicción ni por un sentido épico de la aventura, sino por pura necesidad. Necesitan sentirse fuertes, independientes y capaces. Se les acabó la santa paciencia de esperar un milagro en casa de sus padres. De nada sirve un ramillete de justificaciones para quienes tienen la urgencia de vivir.

Los mecanismos sociales, la imperante realidad económica y la inutilidad de este y otros gobiernos precedentes, nos han traído hasta aquí: 5.040.222 parados a comienzos de marzo de este año y un 57,6 por ciento de paro juvenil. De paso, nos han dejado a la deriva. A mis padres y a tantos otros, un buen comercial les vendió la idea de que la universidad y los títulos de posgrado eran la única manera de hacernos un hueco relevante en el panorama laboral. Somos presos de la anciana fantasía de toda una generación. Una carrera, un máster y mil cursos después, no tengo trabajo estable. ■



Yo, precario
Javier López Menacho
Libros del Lince
170 págs. 16 €.

■ INTERESES: CÓMIC, DEPORTE, MICRORRELATO...

Javier López Penacho nació en 1982 en Jerez de la Frontera (es, por tanto, Generación Naranjito en su máxima expresión). Sus credenciales académicas incluyen estudios de Turismo y un máster de creación literaria en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, la misma ciudad en la que ejerció de chocolatina viviente. Además de *Yo, precario*, uno de sus microrrelatos ha aparecido en la antología *Contrafabulario ilustrado*, editada por Patricia Muñiz para Underbrain Books. Colaborador de la revista digital *Sigueleyendo* (donde trata, sobre todo, temas relacionados con el mundo del cómic, una de sus grandes pasiones), escribe también en *Perarnau Magazine* y vuelca el resto de sus textos en la bitácora elespaciorelatado.blogspot.com.es.

